

diencia y protegerle contra un ataque de los rebeldes. Por su parte Gallas instruyó al ejército de la patente imperial que le nombraba sucesor de Wallenstein é hizo fijar por todas partes la sentencia que ponía fuera de la ley al antiguo generalísimo y á sus cuatro principales cómplices. Estas medidas hicieron estallar los ódios que el duque de Friedland se habia concitado, y un concierto de maldiciones se levantó contra él. Precicado al fin á creer en la traicion de Piccolomini y los otros generales, hizo publicar la prohibicion de obedecer toda órden que no estuviese firmada por él, ó por Terzky é Illo. Creyendo haber prevenido con esto los peligros que el abandono de los jefes mas influentes de un ejército no podia dejar de atraerle, se dispuso á reunir todas sus fuerzas para conducir las á la conquista del Austria, debiendo ser secundado en esta empresa por el duque Bernardo de Weimar, á quien habia logrado decidir á que abrazara su causa. Terzky se habia puesto ya en marcha para Praga, á donde lo habria seguido si la falta de caballos no lo hubiera obligado á detener su partida. En este momento supo que el partido del emperador se habia hecho dueño de la capital; que con excepcion de las tropas que los rodeaban, el ejército entero lo habia abandonado, y que Piccolomini se adelantaba á su encuentro á la cabeza de fuerzas imponentes.

En las situaciones excepcionales es en las que los grandes caracteres aparecen con todo su brillo. Engañado en sus esperanzas, traicionado por aquellos á quienes habia colmado de beneficios, Wallenstein se empeñaba mas que nunca en la realizacion de sus audaces proyectos: creia que nada se habia perdido todavía, supuesto que él habia permanecido fiel á sí mismo. En efecto, si la sentencia que lo declaraba culpable de alta traicion y lo ponía fuera de la ley, le quitaba

un gran número de sus partidarios, le proporcionaba por lo menos la ventaja de no dejar á la Suecia y á la Sajonia ninguna duda acerca de la sinceridad de su ódio al emperador y de todo lo que podria hacer para destruir el poder de este monarca. De Arnheim y Oxenstiern comprendieron esta verdad y se prepararon á socorrer eficazmente al hombre que en lo de adelante tenia por lo menos tanto interés como ellos mismos en la destruccion de la casa de Austria. El duque Francisco Alberto debia llevarle cuatro mil sajones, y seis mil suecos se habian puesto ya en camino para el mismo destino á las órdenes del duque Bernardo y del conde palatino de Birkenfeld. Para apresurar la reunion de este doble refuerzo con las pocas tropas que le habian permanecido fieles, y sobre todo para poner á su persona á cubierto de los ataques de sus enemigos, dejó á Pilsen y se dirigió á Eger, fortaleza situada en las fronteras de la Bohemia y de la Sajonia. El proyecto colosal de destronar al emperador lo ocupaba sin cesar, y aun durante su fuga á Eger hablaba de él á los suyos y les comunicaba las disposiciones que pensaba tomar y las esperanzas que aun conservaba. No obstante estar puesto fuera de la ley por el emperador, creia no tener nada que temer de esta sentencia, supuesto que contaba con el apoyo de la Sajonia y de la Suecia: porque abrigaba el convencimiento que en el momento en que este apoyo fuese conocido oficialmente, el general Schafgotsch, que estaba estacionado en Silesia y que aun no se habia declarado, iria á reunírsele y que los demas generales y oficiales superiores que lo habian abandonado se apresurarian á implorar su perdón.

Animado por la franqueza con que Wallenstein hablaba de su rebelion y de los resultados que esperaba obtener, un

hombre de su séquito solicitó el permiso de darle algunos consejos. Este permiso le fué concedido, y le habló con una firmeza que raras veces se tenia en presencia del duque de Friedland.

«Permaneciendo fiel al emperador, le dijo este hombre, «vuestra alteza está seguro de ser siempre un alto y poderoso señor; pasándose al enemigo no será mas que un rey de cuya legalidad se dudará constantemente, y no es cuerdo «dejar lo cierto por lo incierto. El enemigo os servirá de «pronto, porque está en sus intereses hacerlo así, pero tendrá siempre desconfianza de vuestra lealtad, porque temerá «que le hagais algun dia lo que ahora haceis á Fernando. «Volved sobre vuestros pasos ahora que todavía es tiempo.»
 «—¿Y cómo podré hacer esto? replicó con viveza el duque.»
 «—Vuestra alteza tiene en sus cofres cuarenta mil armirte.¹ «Id con ellos á la corte imperial, y decid que el negocio de «Pilsen no era mas que una prueba que quisisteis hacer sufrir á los generales y oficiales superiores del ejército, para «poder distinguir á los súbditos de los que pudieran estar «dispuestos á traicionar á su soberano. Añadid, que habiendo reconocido que la mayor parte se inclinaban del lado de «la traicion, habeis ido á decirlo á su magestad, para que se «desembarace de los sospechosos y castigue á los culpables. «De esta manera designais como traidores á todos los que «han querido haceros pasar por un rebelde, y vuestros amigos pasarán por ser súbditos leales y fieles. Vuestros cuarenta mil armirte harán lo demas, y muy pronto volvereis á «ser el inmortal, el omnipotente Friedländer.²»

1 Moneda de oro equivalente al ducado y que representaba á un caballero armado de punta en blanco.

2 Friedlander, nombre que los soldados daban al duque de Friedland.

—«El consejo es bueno, respondió Wallenstein despues de un momento de reflexion, pero que el diablo se fie en él.»

Miéntas que el duque de Friedland, refugiado en Eger, consultaba los astros y apresuraba la conclusion de sus tratados con el enemigo, se aguzaba casi á su vista el puñal que debia herirlo. La sentencia imperial que lo ponía fuera de la ley, habia producido su efecto, y la justicia divina permitió que el mas ingrato de los súbditos cayese bajo los golpes del mas ingrato de los hombres.

Un irlandés llamado Leslie, á quien particularmente habia colmado de favores, y á quien consideraba como uno de sus partidarios mas adictos, se decidió á ser el asesino de su bienhechor por ganar las brillantes recompensas que se habian ofrecido al que libertase al emperador de aquel enemigo formidable. Apénas hubo llegado á Eger, el pérfido irlandés comunicó todos los secretos que Wallenstein le habia confiado durante el camino á Buttler y á Gordon, los dos coroneles comandantes de la plaza, irlandeses como él y muy pronto sus cómplices.

Estos hombres, valientes hasta la ferocidad, retrocedieron sin embargo ante la idea de mojar sus manos con la sangre de su general y resolvieron entregarlo vivo, proyecto que facilitaba la confianza de su víctima. En efecto, Wallenstein no suponía ni aun la posibilidad de que hubiese nada que temer de la guarnicion de Eger, y por el contrario, creía tener en ella defensores fieles para todas las eventualidades que pudieran ocurrir. Leslie, sobre todo, redobló sus cuidados y atenciones por él á tal punto, afectó temores tan vivos respecto á su seguridad, que el duque llevó la condescendencia y la bondad hasta procurar tranquilizarlo, confiándole

que acababa de recibir la noticia de la próxima llegada de los sajones y de los suecos.

Esta confesion imprudente probó á los tres conjurados que no tenian un instante que perder, porque desde el dia siguiente Eger podia ser ocupado por los suecos, á quienes el generalísimo queria confiar el cuidado de la defensa de la plaza que era la llave de la Bohemia. Su muerte y la de sus fieles amigos quedó decretada en la misma noche y fijada para la del dia siguiente. Para facilitar la ejecucion de este crimen, el general Buttler hizo preparar á toda prisa un gran festin bajo el pretexto de celebrar las plausibles noticias que el generalísimo acaba de recibir. Demasiado preocupado para consentir en presentarse en un regocijo público, Wallenstein se excusó y solo sus amigos prometieron asistir al banquete. Esta circunstancia obligó á los asesinos á cambiar sus planes respecto de él, pero no para las otras víctimas que permanecieron las mismas que habian fijado. Antes de que entraran, introdujeron secretamente en la ciudadela á todos los soldados que habian logrado que tomaran parte en el complot, y cincuenta dragones del regimiento de Buttler, ocultos en una pieza que comunicaba con la sala del festin, debian entrar violentamente á ella y matar á los oficiales que les habian designado con anterioridad.

Todo pasó como se lo habian esperado. Los amigos de Wallenstein sin ningun presentimiento del lazo infernal que les habian tendido, se entregaron á los placeres de la mesa y brindaron repetidas veces con entusiasmo por el grande hombre que habia dejado de ser el juguete de la perfidia del emperador para convertirse en soberano independiente. El vino desató de tal modo su lengua, que illo exclamó con énfasis:

«Antes de tres dias, Wallenstein se encontrará al frente de un ejército mas formidable que todos los que hasta hoy ha conducido á la victoria.»

«Y entónces, añadió imprudentemente el capitán Neumann, «lavaremos en sangre austriaca la mancha de traicion con que esos viles esclavos se han atrevido á ensuciarnos.»

Si algunas dudas hubieran quedado todavía á los conjurados respecto de la sinceridad de las confidencias que Wallenstein les habia hecho, estos discursos las habrian destruido. Finalmente, se sirvieron los postres. Leslie hizo la señal convenida, los soldados colocados en la ciudadela levantaron el puente levadizo y cerraron todas las salidas; los dragones de Buttler penetraron á la sala profiriendo los gritos inesperados de: ¡Viva Fernando III! y se colocaron detras de los convidados con el sable en la mano. Sospechando, por último, una parte de la horrible verdad, los amigos de Wallenstein se levantaron precipitadamente: Kinsky y Terzky cayeron bañados en su sangre: Neumann, que en medio del tumulto habia logrado escaparse de la sala, fué asesinado en el patio por los soldados. Illo solo habia conservado bastante serenidad para coger sus armas: refugiado en el hueco de una ventana, reprochó á Gordon con energía su cobarde traicion.

«Ven, ven, exclamó, salva á lo ménos el honor de tu familia y de tu grado: combatamos como conviene á leales caballeros y que la suerte de las armas decida entre nosotros»

En lugar de responder á este desafio, Gordon excitó el furor de sus agentes contra el infortunado general, quien tendió á sus piés á dos de sus asesinos y despues de una lucha desesperada cayó al fin atravesado de diez puñaladas. Animado con esta primera ventaja Leslie se apresuró á salir de la ciudadela temeroso de un movimiento en la ciudad. En el

instante en que pasaba corriendo con todas sus fuerzas por una de las puertas, un centinela tomándolo por uno de los amigos de Wallenstein hizo fuego sobre él, pero sin herirlo. El ruido de una arma de fuego puso en alarma á los demas centinelas y Leslie se aprovechó del terror de la guarnicion para manifestarle que una justicia misteriosa acababa de herir á los cuatro principales cómplices de Wallenstein y que á este le estaba reservada la misma suerte. Ni una sola voz se atrevió á levantarse contra esta terrible ejecucion, y Leslie logró que los soldados jurasen que lo sostendrian en todo lo que le faltaba que hacer para castigar á los rebeldes, y de vivir y morir en defensa del emperador. Asegurado de la cooperacion de las tropas era indispensable reducir al silencio y á la inaccion á los habitantes de la ciudad, entre los cuales Wallenstein contaba un gran número de partidarios. Con este objeto hizo salir de la ciudadela á cien dragones del regimiento de Buttler con órden de recorrer todas las calles al galope é impedir que los habitantes saliesen de sus casas. Fuertes destacamentos de infantería guardaban las puertas de la ciudad y todas las calles que conducian al palacio de Wallenstein, para que nadie pudiese informarle de lo que pasaba ni proporcionarle el medio de escaparse.

A pesar de estas medidas de precaucion los conjurados vacilaban todavía sobre la suerte que destinaban al duque de Friedland, y se reunieron en la ciudadela para decidir si debian respetar ó sacrificar su vida: el traidor habia desaparecido á su vista para ser reemplazado por el gran capitan, por el gefe terrible de un formidable ejército que su génio solo habia creado, que su poder hacia vivir y que su heroismo habia conducido tantas veces á la victoria; pero este fantasma evocado por las últimas chispas de un respeto

instintivo, se desvaneció ante la idea del peligro al cual se exponian. El recuerdo de los imprudentes discursos de Illo y de Neumann durante el banquete, les mostraba á los sajones y á los suecos dueños ya de la ciudad de Eger y vengando con terribles represalias el asesinato de los mejores amigos de su aliado. La muerte inmediata de Wallenstein podia solo salvarlos, y el capitan Deveroux, otro irlandés que habia vendido su brazo para este asesinato, recibió la órden de ganar la recompensa prometida.

Miéntas que en la ciudadela de Eger se decidia de su suerte, el duque de Friedland estaba ocupado en su gabinete en leer los astros, bajo la direccion de Seni. Este célebre astrólogo no cesaba de decirle que inminentes peligros lo rodeaban por todas partes, y no respondia á las apremiantes preguntas de su amo, mas que con estas lúgubres palabras que pronunciaba con el tono de un profeta:

«La estrella que os amenaza no ha desaparecido todavía del horizonte.» «Ha desaparecido ya,» replicaba el duque no queriendo conceder al cielo el derecho de contrariar sus destinos. Y tomando á su vez un tono profético añadió: «Dentro de poco te arrojaré á una prision; esto es, amigo Seni, lo que acabo de leer en tu constelacion.»

El astrólogo se retiró en silencio, y Wallenstein entró á su recámara. Casi en el mismo instante Deveroux, acompañado de seis alabarderos se presentaba en la puerta del castillo. Los centinelas acostumbrados á ver entrar y salir á toda hora á los oficiales de la guarnicion, los dejaron pasar sin dificultad. Un page que los encontró en la escalera concibió sospechas é iba á dar la alarma, pero un golpe de pica lo tendió sin vida inmediatamente. En una de las primeras piezas los asesinos se encontraron en frente de un ayuda de cámara que salia

de la habitacion de su amo. Al verlos, se puso un dedo en la boca para invitarlos á guardar silencio, porque el duque se habia dormido ya. «Tú no sabes nada de lo que pasa, amigo, exclamó Deveroux, la hora del combate ha sonado ya.» Y al pronunciar estas palabras se precipitó sobre la puerta, la que rompió de una patada, porque estaba cerrada por la parte de dentro. Wallenstein, que habia despertado al ruido de una arma de fuego que habian disparado en el patio por imprudencia, saltó de la cama y se aproximó á la ventana para llamar á sus guardias: en el mismo instante oyó en las habitaciones que estaban frente á la suya los gritos de las condesas de Terzky y Kinsky que acababan de saber el asesinato de sus maridos; pero ántes de que hubiera tenido tiempo para comprender la causa de aquellos gritos, se le presentaron Deveroux y sus cómplices. Sin mas vestido que su camisa, estaba todavía cerca de la ventana con los codos apoyados sobre una mesa. El feroz capitán le dijo estas terribles palabras:

«¿Eres tú el bandido que quiere entregar al enemigo el ejército imperial y arrancar la corona de la cabeza sagrada de su magestad? Si es así, tu hora ha llegado, y vas á morir.» Despues se calló como si esperase una respuesta, pero la cólera y la indignacion encadenaban la lengua de Wallenstein; extendió los brazos por un movimiento involuntario é inexplicable sin duda, recibió en el pecho un golpe de partesana y cayó bañado en su sangre sin proferir un solo gemido.

En la mañana siguiente á este dia sangriento, llegó á Eger un correo del duque Francisco Alberto de Lauenburg para anunciar á Wallenstein la próxima llegada de este príncipe. En el acto se apoderaron de él; un agente de los conjurados

se puso la librea de uno de los criados del duque de Friedland y partió al encuentro de Francisco Alberto para invitarlo á venir sin demora á tomar posesion de la ciudad. El ardid tuvo buen resultado, porque el príncipe fué él mismo á entregarse. La misma suerte le estaba reservada al duque Bernardo de Weimar, pero tuvo la fortuna de escapar por haber sabido bastante á tiempo la muerte de Wallenstein, é inmediatamente condujo á sus tropas mas allá de las fronteras de la Bohemia.

Fernando lloró la muerte trágica de su generalísimo, é hizo decir tres mil misas por el reposo de su alma; pero al mismo tiempo distribuyó á sus asesinos cadenas de honor, llaves de chambelan, títulos, altas dignidades y posesiones considerables.

Así fué como á la edad de cincuenta años terminó Wallenstein su activa y brillante carrera. La ambicion lo habia elevado al apogeo de las grandezas, y la ambicion tambien causó su ruina. A pesar de las manchas que empañan el brillo de su gloria, excita la admiracion, y nunca un grande habria sido mas digno de respeto y veneracion si hubiera sabido moderar su orgullo. Entre los principales rasgos de su carácter, la justicia, la firmeza y el valor se dibujan en dimensiones colosales, pero en vano se buscaria en él las apacibles virtudes que embellecen al héroe y hacen amar al gefe. El temor que inspiraba era el talisman de su poder, sus castigos y sus recompensas estimulaban el celo de sus subordinados por servirlo y se hacia obedecer como nunca general alguno fué obedecido. A sus ojos, la sumision á su voluntad era preferible aun al mismo valor, porque la primera de estas cualidades constituia su propia fuerza y la segunda la del soldado que la poseia. Por lo mismo, ejercitaba la sumi-

sion de sus tropas por medio de órdenes extravagantes y recompensaba con una generosidad régia el anhelo que se tenía en servirlo aun en las circunstancias mas insignificantes: la importancia de la causa era nada para él, porque no veia mas que el efecto.

Un dia habia mandado á todos los oficiales del ejército el no usar mas que cinturones rojos. Apenas supo esta orden uno de los capitanes, se quitó su cinturón bordado de oro y lo pisoteó. Wallenstein, á quien contaron el hecho, lo elevó inmediatamente al grado de coronel. Su pensamiento abrazaba siempre el conjunto de las cosas y de los acontecimientos, y sus providencias, aun las caprichosas en apariencia, no se separaban nunca de esta línea. Para poner un freno al espíritu de rapiña de las tropas, habia amenazado con la horca á todos los que se hicieran culpables de un robo. En una excursion por el campo, encontró á un soldado que sospechó habia robado, lo hizo aprehender pronunciando estas terribles palabras que no tenian apelacion: *Que ahorquen á este canalla.* El soldado protestó que era inocente, é hizo mas, lo justificó. «Pues bien, dijo Wallenstein con la mayor sangre fria, que lo ahorquen aunque sea inocente, su muerte por lo menos hará temblar á los culpables.»

Mirándose perdido, el soldado tomó la resolucion desesperada de no morir sin vengarse y se arrojó sobre su inhumano juez, lo detuvieron bastante á tiempo para impedir que realizara su proyecto, y lo arrastraron al lugar del suplicio. «Dejadlo escaparse, dijo el duque, ahora su vista producirá mas terror que el que causaria su muerte.»

Su inmensa fortuna, que se elevaba á mas de tres millones de reichstaler y que las contribuciones que imponia á todas las provincias aumentaba sin cesar, le permitian ostentar una

magnificencia mayor á la de todos los soberanos de su época. Su buen juicio y su espíritu ilustrado lo hacian superior á las preocupaciones religiosas, y los jesuitas no le perdonaron nunca el haber adivinado el principio en el cual fundaban la duracion de su poder.

Desde el profeta Samuel, la experiencia nos ha probado que todos aquellos que no viven en paz con la Iglesia terminan siempre con catástrofes trágicas. ¿Cómo era posible que Wallenstein escapase á este destino comun? Las intrigas de los monges prepararon la sentencia de Ratisbona, que le quitó el mando del ejército, y á consecuencia de las intrigas de los monges fué asesinado en Eger. Es tambien muy probable que ellos le hicieron perder la confianza de sus contemporáneos y la estimacion de la posteridad. Nuestro respeto por la justicia nos obliga á confesar que de todos los historiadores de su época que nos han dejado noticias de él, ninguno ha sido enteramente independiente; por lo mismo se puede dudar de la exactitud rigurosa de sus narraciones, como de la precision de sus juicios. Nada prueba de una manera positiva su traicion y sus proyectos sobre la corona de Bohemia. Todas las acusaciones á este respeto no se apoyan sino sobre fuertes presunciones, apariencias y probalidades.

Nadie hasta hoy ha podido encontrar documentos que expliquen el motivo secreto de su conducta, con la claridad y carácter auténtico que requieren las verdades históricas.

Entre todos los actos de su vida privada no hay uno solo que no sea susceptible de una interpretacion favorable. Sus operaciones mas sospechosas pueden explicarse por el deseo de terminar una guerra desastrosa, por una justa desconfianza de las disposiciones del emperador á quien se veia precisado á temer, y por el deseo muy natural de conservar sus

altas funciones y la inmensa influencia política que ellas le daban. Su conducta respecto al elector de Baviera prueba que era implacable en su ódio é insaciable en su venganza; pero nada nos autoriza á considerarlo como si legalmente hubiera sido reconocido culpable de alta traicion. Si exaltado por una condenacion inmerecida concluyó por ser realmente culpable, no por eso dejó de ser injusta esta condenacion en el momento en que se pronunció, y se puede decir que Wallenstein cayó porque fué rebelde, pero que fué rebelde porque no queria caer. Por último, fué una desgracia para él haberse atraído durante su vida la enemistad de un partido victorioso, pero esta desgracia fué mayor despues de su muerte, porque este partido le sobrevivió y escribió su historia.

LIBRO QUINTO.

Despues de la muerte de Wallenstein, era indispensable nombrar un nuevo generalísimo, y el emperador confió esta dignidad á su hijo Fernando, rey de Hungría; pero el conde Gallas, encargado del mando como segundo en gefe, ejercia realmente las altas funciones de aquella dignidad sin que el príncipe tuviese mas que el título. Fuerzas imponentes no tardaron en reunirse bajo las banderas del Austria; el duque de Lorena llevó un ejército que mandaba en persona, y el cardenal infante llegó de Italia con un cuerpo de diez y seis mil hombres. Con estas tropas reunidas el generalísimo se lisonjeó de poder expulsar á los suecos de las orillas del Rhin y del Danubio y comenzó sus operaciones por el sitio de Ratisbona que inútilmente se habia pedido á Wallenstein que emprendiese. Para obligar al enemigo á levantar el sitio, el duque Bernardo se adelantó hasta el centro de la Baviera: el rey de Hungría persistió en su empresa, y despues de una